



Este artículo es una publicación de la Corporación Viva la Ciudadanía
Opiniones sobre este artículo escribanos a:

semanariovirtual@viva.org.co

www.viva.org.co

Yihad, terror y muerte en Paris

Ricardo García Duarte¹

El policía Ahmed Merabet rodaba en su bicicleta a lo largo de la Rue Amelot en París; vigilante pero seguro de que nada grave podría alterar el curso normal de las cosas. El suyo era un barrio en el que por mucho que se agitaran los ánimos, los hechos no pasaban de alguna disputa acalorada entre amigos que luego se disipaba en medio de chanzas de reconciliación.

Mientras el agente pedaleaba mirando a uno y otro lado de la calle, súbitamente la rutina de la zona y el aire casi sólido del invierno fueron despedazados por los truenos de disparo que retumbaron en un edificio de la Nicolas Appert, una calle de la vecindad a la que se lanzó por el puro celo de su oficio.

Asesinato y masacre

Cambió el trayecto solo para tropezarse con un enemigo inesperado y mortal: los dos terroristas que abordaban el pequeño carro que flotaba como una nave siniestra en medio de la vía, lo hirieron en una pierna. Luego uno de ellos, en la escena sobrecogedora que recorrió al mundo, remató al indefenso Ahmed, quien solo pudo levantar sin esperanza uno de sus brazos para detener el ataque furioso, que en una fracción de segundo liquidó su vida de musulmán tranquilo, levantado en las barriadas populares en el norte de la gran ciudad, por allá en los alrededores de Bobigny.

Cinco minutos antes –el tiempo de nada- los asaltantes, enfundados en trajes negros, como comandos salidos de alguna película de vorágines violentas, habían subido hasta la sala de redacción de Charlie Hebdo, una revista satírica; y habían asesinado con ráfagas de pavor a doce personas, casi todas ellas caricaturistas, editores y periodistas.

Mientras los dos yihadistas tiroteaban salvajemente a los hombres de prensa, alzaban frenéticos un coro con resonancias de sevicia ritualizada: “¡Allahu Akbar!; “¡Alá es grande!”.

¹ Político con estudios de Doctorado en el Instituto de Estudios Políticos de París (Sciences – Po). Magíster en Análisis de Problemas Políticos, Económicos e Internacionales Contemporáneos. Abogado de la Universidad Nacional de Colombia. Profesor de varias universidades. Fundador de Revistas como Coyuntura Política y Esfera. Articulista y ensayista. Ex – Rector de la Universidad Distrital Francisco José de Caldas.

Una vez ganada la calle, antes de emprender la fuga, vociferaron con un tono en el que el delirio competía con el aire resuelto del guerrero: “¡el profeta ha sido vengado!”.

Los dos gritos, muecas sonoras de justificación del crimen, se convertían en el acto lingüístico con el que los sujetos armados pretendían comunicar un sentido a lo que no pasaba de ser un desatino sanguinario.

Para los ejecutantes y sus patrocinadores el hecho de matar a doce personas no era un crimen, solo un acto religioso, como el de quienes decapitan a extranjeros (en el sentido de extraños) sin que les importe mucho el hecho de que no sean combatientes; apenas corresponsales de prensa o miembros de una ONG.

Claro está que en la masacre contra Charlie Hebdo no se trató solo de un sacrificio en el que se victimiza al “diferente”, para afirmar una fe por medio de la violencia. Explícitamente hubo también la manifestación de un factor particularmente pasional, el de la venganza: los fanáticos, travestidos en guerreros religiosos vengaban la memoria ofendida del profeta.

Fe y venganza

Fe y venganza son dos materiales de combustión que se amalgaman para transformarse en energía que anima el acto violento. Aunque muy seguramente, este último, esté inscrito dentro de un cálculo estratégico y una decisión proveniente de aparatos, bajo cuyas órdenes militan sin lazos estrechos los ejecutores de la acción.

Es una amalgama con la que los agentes sociales inmersos en el fundamentalismo buscan imprimirle una trascendencia moral al acto. Como si se tratara de impulso superior. Lo sitúan por encima de toda ley positiva, de toda norma humana. Lo hacen traspasar fronteras y desatender cualquier línea de contención; incluso la del propio instinto de conservación, sustituido a veces por el suicidio “ennoblecido” en aras de una causa.

Concurre en la acción violenta, la fe extrema, que es un estado psíquico hipercósmico, -según lo podría calificar Freud-, dentro del cual se sumerge por completo el espíritu individual para ya no ser más él mismo; como si además asistiera a la ausencia de su propia capacidad reflexiva; aquella que permite al sujeto razonar sobre sí mismo; pues algo superior lo posee; de modo que cualquier posibilidad de tomar distancia frente a sí mismo y a sus acciones se frustra porque ese sí mismo ya casi no existe; ha quedado ideológicamente atrapado en una ilusoria pero potente voluntad supra-terrenal.

Igualmente concurre el motivo de la venganza, la cual es pasión baja, pulsión prosaica; conducta que es el regreso a un orden (o mejor a un desorden) prejurídico.

La suma de esos dos sentimientos conduce al ejercicio de una violencia sacralizada, con la cual se aniquila al que ofende al enviado de Dios. Al mismo

tiempo, la religión es reconfigurada como el imaginario en el que habita un dios único, inmaterial; capaz, sin embargo, de albergar pasiones humanas como el resentimiento frente a las injurias o como la ira; dispuesto por consiguiente a autorizar entre sus elegidos la práctica de la venganza; o, en todo caso, la guerra santa, el Yihad. Cuando en realidad, todo esto no es más que la transposición de resentimientos sociales al universo de lo sagrado; y, de paso, al mundo del canon, norma superior consagrada en el libro.

Los sentimientos de poder o las resistencias contra otros poderes son así transpuestos al reino de lo sagrado como si ellos mismos vinieran de un más allá; de tal modo, que la conciencia de los creyentes (y de los yihadistas en particular) queda copada por esos impulsos de poder, pero transfigurados en mensaje divino.

El dogma, la letra y el crimen

Después de que los sentimientos de poder son sublimados como creencia religiosa, las interpretaciones literales y sectarias del libro, El Corán, promueven la distorsión terrorista para fragilizar al “poderoso”. Son interpretaciones fundadas en el culto animista a la letra de los textos antiguos, como si estos tuvieran una vida propia; algo muy propio del wahabismo (paraguas teológico del salafismo), dentro de cuya atmósfera cultural y dogmática se mueven tanto Al Qaeda como el Estado Islámico.

A esos sentimientos sublimados en dogma; es decir, al pasado legendario petrificado en canon profético, se suman los resentimientos concretos e históricos, en razón de un pasado colonial o de un maltrato presente; o también recientemente por causa de las invasiones norteamericanas a Irak y Afganistán, y por indolencia general frente a la reivindicación nacional del pueblo palestino. Por donde surge ya no únicamente la auto-legitimación de la violencia por parte de los grupos del Islam radical sino la aviesa justificación del terrorismo.

Religión y política

La absorción de la política por la religión, proceso este muy parecido a la mezcla explosiva entre fe y venganza, pero en un marco más amplio de sentido, lleva a que el nudo de las tensiones por el poder o, en otras palabras, la contradicción irreconciliable con el otro, se desate en la forma de una acción de catarsis, pero por la vía del mal; de un mal que histórica y materialmente se causa a ese otro; un ejercicio “liberador” de las tensiones (incluidas las carencias, incluidos los vacíos existenciales) que se acumulan en el destino de vida de aquel que se postula como guerrero religioso.

Que por cierto resulta ser un sujeto deseoso después del crimen cometido, sustituto de la política aunque sacralizado por la fe, de ofrecerse él mismo como mártir; algo que parece haber estado presente en los asesinos de la calle Nicolas Appert, cuando antes de caer bajo las balas de las fuerzas oficiales, salieron disparando en todas las direcciones, desde la imprenta de Dammartin en donde se habían parapetado.

Es un terrorismo que permite golpear con la bomba o mediante el atentado personal a cualquier objetivo, potencial encarnación del enemigo; el que en la ideología del integrismo religioso es ya no solo un Estado, sino el mundo difuso de los “infieles”; impíos que devienen objetivo militar si ofenden de algún modo al profeta idealizado.

Ataque a muerte contra la libertad de expresión

El ataque mortífero contra los caricaturistas en París, ejecutado por los hermanos Kouachi, Chérif y Saïd, a instancias del Al Qaeda de la Península Arábiga, no tuvo un blanco político o militar perteneciente al Estado francés. El blanco escogido fue una inerte revista de humor político; con lo que el fundamentalismo, que no separa la política de la religión, golpeó directamente a la Sociedad Civil y al principio de la libertad de expresión.

Hirió salvajemente una cultura política que se apoya en la autonomía del poder con respecto a lo sagrado y que por tanto está cimentada en la diferencia de opiniones y en la libertad de crítica; (por más feroz o iconoclasta que esta sea).

El terrorismo, envuelto en el maniqueísmo religioso y en la exclusión del “impío”, surge hoy como una respuesta que invoca el matrimonio atávico de la violencia con lo sagrado, como una reanimación defensiva de la identidad colectiva. Y lo hace para hacer frente, con impotencia pero armado con el desafío del crimen político y religioso, a los avances de una sociedad globalizada que, en andas del mercado y de la diferenciación individualista, amenaza con disolver muchas de las formas comunitarias de organización social; pero que al mismo tiempo con sus crisis éticas y económicas las deja huérfanas de alternativas de integración. En otras palabras, disuelve pero no re-integra. O, mejor, cuando reintegra, lo hace de un modo fragmentado.

Edición N° 00431 – Semana del 23 al 29 de Enero – 2015